

VIACRUCIS CON EL SANTO ROSTRO

**Textos de San Juan de Ávila, con motivo de
su proclamación como Doctor de la Iglesia
por S. S. Benedicto XVI**



S. I. Catedral de Jaén

Viernes, 30 de marzo de 2012

Excmo. Cabildo de la S. I. Catedral de Jaén

1. INTRODUCCIÓN.

Preparándonos para celebrar la Pascua del Señor, el piadoso ejercicio del Vía crucis nos ayudará a adentrarnos con espíritu contemplativo en el drama que llevó a Jesús a la muerte con el fin de obtenernos la salvación.

Al recorrer estas 14 estaciones, pongamos en ellas también nuestra realidad personal. Todos, al rezar este Vía crucis, vamos a ir formando la gran cruz que Jesús llevará hasta el final sobre sus hombros por nosotros. En esa cruz nos lleva a cada uno, a ti y a mí; tus pecados y los míos. En nuestro Vía Crucis, cada uno abrazará esa cruz, la llevará como Jesús. Éste será el gesto por el que aceptamos ser salvados: caminando al lado de Jesús, tenemos más oportunidades y más posibilidades de poder llegar hasta el Monte Gólgota.

En este año 2012, Dios mediante, Su Santidad Benedicto XVI proclamará Doctor de la Iglesia a San Juan de Ávila, que tan ligado estuvo a la Diócesis de Jaén. A la par que ponía en marcha la universidad de Baeza y varios colegios de enseñanza diseminados por la geografía giennense, el Santo Maestro desplegó un activo apostolado de amplio calado social, sobre todo mediante la predicación, lo que le valió que, en 1544, el cabildo de la catedral de Jaén le ofreciese la canonjía magistral, que él rechazó para dedicarse con más libertad a la evangelización.

Por ello, serán sus palabras, las palabras del Santo Maestro y Apóstol de Andalucía las que ilustren las estampas evangélicas de las estaciones de este santo Vía crucis de la cuaresma de 2012.

San Juan de Ávila nos invita a poner los ojos en Cristo Crucificado, con estas palabras:

Miremos a Cristo puesto en la cruz, y hemos de verle atormentada su carne, y deshonorado del mundo, y vencedor del demonio. ¿Quién miró a Cristo que fuese engañado? Ninguno, por cierto. Pues no apartemos nuestros ojos de Él si no queremos volvernos ciegos. No le parezca que le tenemos en tan poco, que aun muriendo por nosotros, no le queremos mirar. Por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos mirándolo a Él, para morir a nuestros pecados. Muera, pues, ya en nosotros nuestro viejo hombre, pues murió por nosotros en cruz nuestro nuevo Hombre, que es Cristo. Lleguemos a Él nuestras llagas, que con las tuyas quedarán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más lo fue a Él apartársele su alma de su cuerpo cuando murió para que nosotros vivamos para siempre.

Ea, pues, cobremos ánimo para seguir a tal Capitán, pues que Él va delante de nosotros en el hacer y en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con Él, porque no vivamos según los deseos de ella, sino según su espíritu. Si el mundo nos persiguere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una música acordada y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesucristo, cuán fuerte es tu amor! Cierto, quien de su amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará de menos todo cuanto en el mundo hay, porque poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, pues, muy amados hermanos, deseo de ir a ver esta visión (Carta 64, 21-45).

Haciendo nuestra la invitación de San Juan de Ávila, alcemos los ojos poniéndolos en Cristo, que marcha con la cruz hacia el Calvario. Iniciemos, pues, nuestro camino con Jesús.

2. ESTACIONES DEL VIACRUCIS

PRIMERA ESTACIÓN: **Jesús es condenado a muerte**

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Pilato mandó sacar a Jesús y dijo a los judíos: 'Aquí tenéis a vuestro rey'. Pero ellos le gritaban: '¡Fuera, fuera, crucifícalo!' Pilato le dice: '¿Pero cómo he de crucificar a vuestro rey?' respondieron los príncipes de los sacerdotes: 'Nosotros no tenemos más rey que el César'. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran (Jn 19, 14-16).

Pregúntale, cuando lo veas dejarse atar las manos y el cuello, cuando lo veas padecer las bofetadas, las espinas y los clavos y la muerte, que te conceda el don de decirte por qué, siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como débil, sin ninguna resistencia. Y te responderá San Juan en su nombre: *Nos amó y nos lavó de nuestros pecados por su sangre (Ap 1,5)*. Rumia estas palabras, asíéntalas en tu corazón, y párate a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que arde en el corazón que hace pasar tales cosas por fuera (*Audi filia*, cap. 78).

Padrenuestro.

SEGUNDA ESTACIÓN: Jesús carga con la cruz a cuestas.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Los judíos tomaron a Jesús y cargándole la cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario (Jn 19,17).

No te contentas, Señor, con tener un amor fuerte, y padecer trabajos de padre, sino que, para que no nos falte ningún regalo a nosotros y ningún trabajo a ti, quieres ser para nosotros madre en la ternura del amor. Y aún más que madre, puesto que de ninguna leemos que, para estar acordándose siempre de su hijo, haya escrito un libro, en el que la pluma sean los duros clavos, y sus propias manos sean el papel; y que hincándose en las manos, y traspasándolas, salga sangre en lugar de tinta, que con graves dolores dé testimonio del gran amor interior, que no deja poner en olvido lo que delante de las manos traemos (*Audi filia*, cap. 80).

Padrenuestro.

TERCERA ESTACIÓN: **Jesús cae por primera vez.**

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

He ofrecido mi espalda a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos (Is 50,6).

Grande honra es estar firme en lo que mucho nos amarga; y otro igual placer no damos a Dios que cuando muy de corazón somos angustiados por Él y bebemos aquel cáliz en compañía del que Él por nosotros bebió. Pon en esto tus ojos. No te acobardes de pelear las peleas del noble amor del Rey celestial; no tengas por tiempo bien empleado sino el que por tu Amado padeces; que este solo tiempo te puede dar alivio y conjetura que ama al Señor. Cristo murió en la pelea de este amor, convidando a cuantos le aman a padecer de lo que Él padeció y a responder amor a su amor (Carta 25, 76-94 passim).

Padrenuestro.

CUARTA ESTACIÓN: Jesús encuentra a su Santa Madre.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Una espada atravesará tu corazón (Lc 2,35).

Padre de misericordia -decía la Virgen-, veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad. Este Hijo me diste; con gran alegría le recibí. Veisle, ahí os lo torno; vos me lo diste, vos me lo quitaste, cúmplase vuestra santísima voluntad; esclava soy para todo lo que vuestra majestad quisiere hacer de mí. El día de mi alegría os canté: Engrandezca mi alma al Señor y gócese mi espíritu con Dios mi salvador; el día de mi tristeza y dolores os suplico le recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

¡Oh pecadores, cuán caro me costáis! ¡Cómo por amor de vosotros ha pasado mi corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión! Lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado y mi alma lo ha sentido: por bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ello y alcancéis perdón de Dios. ¡Oh Señora!, bendita seáis vos que aún tenéis el sonido de las palabras de vuestro Hijo: ¡Perdónalos! (*Sermón 67, 35-36*).

Padrenuestro.

QUINTA ESTACIÓN: El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Quando llevaban a Jesús al Calvario, detuvieron a un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para llevarla detrás de Jesús (Lc 23,26).

Mírate en el espejo, y si ves que no te pareces a Cristo, lava tus manchas con lágrimas, pensando mucho por qué siendo tan hormiguilla, no te abajas, pues Dios se ha abajado por tu amor. Y atrevete a seguir la obediencia y humildad, caridad y paciencia de este Señor; que siendo compañero en el padecer, lo serás también en el gozar; y llevando parte de la cruz, llevarás parte del Reino, que te dará Jesucristo (*Carta 118, 84-90*).

Padrenuestro.

SEXTA ESTACIÓN: La Verónica limpia el rostro de Jesús.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Muchos se horrorizaban al verlo, tan desfigurado estaba su semblante que no tenía ya aspecto de hombre (Is 52, 14).

¿Os parece, amado hermano, que estaréis bien escondido y seguro y alegre en la faz de Dios? Mas diréis: ¿por qué la llama escondido? Por cierto con mucha razón; porque así como la faz divina no es escondido, sino cosa luciente, según la divinidad, así el rostro de Cristo, Dios y hombre, se llama escondido según su humanidad. Si miras bien su rostro, amarillo con el largo ayuno, y rojo con las bofetadas y los cardenales de los dedos en él, y lleno de lágrimas que de los ojos salían, y de sangre de la corona de espinas, verdaderamente diréis que estaba escondido aquel rostro, del cual dice David: *Hermoso más que los hijos de los hombres.*

Hermano, pues en este rostro, al parecer afeado, mas muy hermoso a los que lo miran con ojos de fe y amor, considerando el amor que lo hizo feo por hermosear a los feos, allí esconde Dios a los que trabajan por no apartarse de Él, y les da luz como le puedan ver en el rostro, y reciba de él tanta fortaleza y consuelo, que sienta que dijo verdad el que dijo: *Enséñanos tu rostro, y seremos salvos.* Este rostro es mirada del Eterno Padre, y de la vista resultan para nosotros rayos de su luz y bondad, porque por este rostro nos vienen todos los bienes (*Carta 59, 24-50 passim*).

Padrenuestro.

SÉPTIMA ESTACIÓN: Jesús cae por segunda vez.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Eran nuestros sufrimientos los que llevaba, nuestros dolores los que pesaban... Ha sido traspasado por nuestros pecados, desechado por nuestras iniquidades (Is 53, 4-5).

¿De qué te alegras entre los azotes y clavos, y deshonras y muerte? ¿Acaso no te lastiman? Te lastiman, ciertamente, y más a ti que a ningún otro, pues tu complexión era más delicada. Pero, porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores nos quitabas los nuestros... El fuego de tu amor, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en ti, tú lo soplas con las gracias que en su día nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste (*Audi filia*, cap. 69).

Padrenuestro.

OCTAVA ESTACIÓN: Jesús consuela a las piadosas mujeres.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Seguían a Jesús una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se golpeaban el pecho y lloraban por él, pero Jesús volviéndose a ellas, les dijo: 'Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos' (Lc 23, 27-28).

Cristo es la verdadera sabiduría, que nos enseña el verdadero camino por donde vamos sin tropiezos; y el verdadero pastor, por el que, en cuanto hombre, somos mirados, y el que, en cuanto Dios, nos mira, quitándonos los peligros de delante, en los que se ve que hemos de caer; teniéndonos firmes en los que nos vienen; librándonos de aquellos en los que por nuestra culpa hemos caído; cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros cometamos descuidos; acordándose de nuestro provecho, aun cuando nosotros nos olvidemos de su servicio; velándonos cuando dormimos; teniéndonos consigo, cuando queríamos apartarnos; llamándonos cuando huimos; abrazándonos cuando venimos; siendo el último en deshacer la amistad y el primero que la ofrece, aunque Él es el ofendido; y teniendo en todo y por todo una mirada tan vigilante y amorosa por nosotros, que todo lo ordena a nuestro provecho (*Audi filia*, 87).

Padrenuestro.

NOVENA ESTACIÓN: Jesús cae por tercera vez.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso, porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera (Mt 11, 28-29).

En cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos, no hemos de bajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos y que seguirá provecho del descendimiento, como decían al Señor. La cruz se tomó por Él, y Él ha ayudado a llevarla hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada que hace arrodillar, así también hizo a nuestro Señor; y no se maravillará Él que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual Él quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto, quedan atollados con tristeza. Bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha, no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde confesión de nuestra falta que nuestro engreimiento con la justicia (*Carta 97, 52-70 passim*).

Padrenuestro.

DÉCIMA ESTACIÓN: Jesús es despojado de sus vestiduras.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Llegados al lugar llamado Gólgota le dieron a beber a Jesús vino mezclado con hiel, pero él, habiéndolo probado, no quiso beber. Los que lo crucificaron se repartieron sus vestidos a suerte (Mt 27,33).

Puestas delante de tus ojos todas las culpas, levanta la cabeza y considera delante de ti a Cristo crucificado, y no expirando, que te mira vivo y te espera los brazos abiertos. Mira qué obras te hace en la cruz y las que tú has hecho y le haces cada día, y aunque pecador, considérate que estás debajo de la cruz, que es nuestro amparo, lugar de misericordia; lugar donde se perdonan los ladrones y se salvan, donde se cobran la vista y la fe los gentiles, donde el mismo Señor crucificado ruega por los que le crucifican. Si nuestras malas obras son sus sayones; si nuestro yerro es el que le abrió el costado, cuanto más caro le hemos costado, más muestra su amor a su costa. Confiado del amor con que te da toda su preciosa sangre en rescate de tu vida, alza los ojos, y con las manos juntas, suplica a su Majestad se pague en su pasión, que tú no tienes otro caudal, y éste es nuestra cruz, que el Señor poca necesidad tenía de él (*Carta 232 passim*).

Padrenuestro.

DÉCIMA PRIMERA ESTACIÓN: Jesús es clavado en la Cruz.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, crucificaron allí a Jesús y a los dos malhechores, uno a la derecha y el otro a la izquierda (Lc 23,34).

¡Oh, qué maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor!, porque no ya con el diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor, ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre ajena, sino la suya propia por todos en la cruz.

No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convida a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies clavados para esperarnos y para nunca poder apartarte de nosotros. De manera que, mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas del cuerpo, y, sobre todo, el amor interior me da voces para que te ame y nunca te olvide mi corazón (*Tratado del amor de Dios* 10).

Padrenuestro.

DÉCIMA SEGUNDA ESTACIÓN: Jesús muere en la Cruz.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hacia la hora sexta, las tinieblas cubrieron la tierra hasta la hora nona. El sol se eclipsó y el velo del Templo se rasgó en medio. Y Jesús, con fuerte voz dijo: 'Padre en tus manos encomiendo mi espíritu'. Y dicho esto, expiró (Lc 23, 44-46).

Este Señor crucificado es el que alegra a los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve a los que la ley condena, y que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben de conocer todos los adeudados y flacos. Y a éste deben de mirar todos los que sienten angustia en mirar a sí mismos. Porque así como se suele dar por consejo que miren arriba los que pasan por algún río y se les desvanece la figura mirando a las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce los ojos a Jesucristo, puesto en la cruz, y cobrará esfuerzo (*Audi filia*, 68).

Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale ese hierro de esa lanza, esa lanzada es una saeta de amor que me traspasa; y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre. ¿Qué has hecho amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, y me has herido. Vine a que me enseñases a vivir y me haces loco. ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura! Nunca jamás me vea yo sin Ti (Oración compuesta por S. Juan de Ávila).

Padrenuestro.

DÉCIMA TERCERA ESTACIÓN: Jesús es bajado de la cruz y puesto en los brazos de María Santísima.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Un hombre llamado José, que era del Consejo, hombre bueno y justo, de Arimatea, ciudad judía, que esperaba también el reino de Dios, y no había estado de acuerdo en la resolución de los miembros del Sanedrín, fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después lo bajó y lo amortajó en una sábana (Lc 23, 50-53).

¡Oh Virgen bendita! Y quien te preguntase: ¿en quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo?... Faltándote Él, todo tu bien has perdido.

Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo viese que ya quería expirar; cuando viese aquellos lucientes ojos oscurecerse, cuando viese alzársele el pecho, cuando lo viese resollar tan aprisa con las ansias de la muerte, la Madre que tal vio, ¿qué haría? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu santísimo Hijo, porque en Él tenías todas las cosas (*Sermón 67, 13*).

Padrenuestro.

DÉCIMA CUARTA ESTACIÓN: Jesús es puesto en el sepulcro.

V./ Te adoramos, ¡Oh Cristo! y te bendecimos

R./ Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

José tomó el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, y lo depositó en su propio sepulcro nuevo, que había hecho excavar en la roca, hizo rodar una piedra grande a la puerta del sepulcro y se retiró (Mt 27, 59-60).

¡Oh Jesús Nazareno, que quiere decir florido, y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y librate y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salvación. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, sino con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor por mí (*Carta 58, 47-58*).

Padrenuestro.

3. ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, hemos llegado al final de este camino doloroso que tú recorriste. Ahora levantamos nuestra vista y te vemos suspendido en la cruz, con las manos y los pies traspasados por los clavos y con la cabeza coronada de espinas. Sabemos, Señor Jesús, que tu sufrimiento es el fruto de tu infinito amor por nosotros. Tú agonizas y mueres por nosotros. Haz que también nosotros te amemos con toda el alma, para que vivamos fieles a tu pasión y muerte y jamás nos separemos de ti por el pecado, de modo que tu rostro santo quede impreso en lo más profundo de nuestro corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.



4. BENDICIÓN CON EL SANTO ROSTRO